

# Abriendo Trocha

## HACIA UNA DEMOCRACIA PARTICIPATIVA

Hace 23 años, como consecuencia de la invasión norteamericana de 1989, la nación panameña sufrió una profunda reestructuración en todas las esferas de la vida nacional.

En la esfera económica se impuso un esquema neoliberal, en que las principales actividades del país pasaron de manos del Estado o de empresarios nacionales a las cucharas de grandes empresas transnacionales. En el camino se combatieron todas las formas de propiedad distintas a la de empresa privada transnacional, se afectó a los grupos asociativos, a las cooperativas, a la micro y pequeña empresa y a cualquier otra modalidad distinta al patrón corporativo transnacional.

De la sociedad de clase media, de pequeños y medianos propietarios, que hace algunas décadas muchos panameños soñaron, sólo quedan retazos. Somos testigos del surgimiento de una sociedad con una economía monopolizada controlada por corporaciones extranjeras y unos cuantos panameños que les facilitan las reglas para este proceso salvaje de apropiación.

Para facilitar estas acciones, se construyó un meta-relato, que ha tratado de crear la ilusión de que el país camina hacia el primer mundo, que nos hemos insertado exitosamente en la globalización y que los futuros logros de Panamá dependen de cuan competitivos seamos.

Sin embargo, la realidad es otra. Panamá no está caminando hacia el primer mundo. Lo que se está construyendo son islas de primer mundo, en medio de un mar de territorios de cuarto y quinto mundo.

Desde el punto de vista político, ello ha sido posible porque el gran propósito de los sectores democráticos de la Cruzada Civilista, de recuperar la soberanía popular, fue distorsionado por un diseño institucional político-electoral bipartidista y que posteriormente ha evolucionado hacia la plutocracia.

Con el bipartidismo se consolida el modelo de partidos clientelares, los cuales son maquinarias electorales, con una gran cantidad de inscritos, cuya principal motivación es el acceso a los privilegios y recursos del Estado. Su adhesión es a los candidatos que establecen una relación transaccional con los miembros de su partido (votos a cambio de prebendas).

A mediados de la década pasada, el rol central de la política pasó del partido al candidato surgiendo así los partidos franquicia (una marca para postular) y los candidatos mercancía (figuras políticas vendidas al electorado como se vende un jabón).

Los partidos franquicia son un tipo de partido parecido al clientelar, con la diferencia que la motivación ya no es la esperanza de alcanzar el poder para obtener acceso a las prebendas y privilegios, sino que cada acto político implica una relación transaccional, de compra y venta (reglas de mercado).

Para los aspirantes a cargos de elección popular, la única función del partido se reduce a la de ser franquicia electoral, es decir, un vehículo para la postulación. Quienes aspiran a un cargo de elección, no los motiva proponer o defender determinada visión política de la sociedad,

sino el poder disponer de una maquinaria electoral que le permita obtener con ventaja los votos para competir.

En este tipo de partido, la adhesión se obtiene mediante el esquema de subasta, ganando el candidato que reparte más dinero. Mientras en el partido clientelar se votaba por la esperanza de obtener un beneficio futuro, en el partido franquicia, la gente quiere su beneficio, hoy, ya y ahora.

Para que este esquema se consolide, no deben haber topes a los financiamientos de campaña, ni listas de donantes, tampoco debe interesar de donde procedan los fondos que alimentan las subastas. Aquí la regla es que no haya reglas. En este tipo de partido los únicos que podrán acceder a cargos de elección popular, son los millonarios de cuna, los políticos corruptos enriquecidos y los candidatos apoyados por fondos de dudosa procedencia. El resto de los panameños estamos excluidos del juego político que ha impuesto este diseño político electoral plutocrático.

En lo que va del periodo post-invasión, se sembró en los panameños la esperanza de poder contar con una democracia que permitiese el ejercicio pleno de la voluntad popular. Esta aspiración ha sido escamoteada. Tendremos que avanzar hacia una democracia participativa. ¿Cómo lo haremos es la gran pregunta del momento?